

El erudito zaragozano Federico Torralba, uno de los grandes estudiosos de la obra de Goya, es el comisario, junto a Angel San Vicente, de la exposición con la que el Gobierno aragonés va a celebrar el 250 aniversario del nacimiento, en Fuendetodos, de nuestro paisano más universal. Catedrático de Arte emérito de la Universidad de Zaragoza, mantiene una envidiable vitalidad a sus 82 años y activas sus dos pasiones artísticas: Goya y el arte oriental. No cree factible un Museo del pintor en Aragón, sostiene que en la Sala que le dedica el Museo Provincial no son todos los que están y que todavía no se quiere conocer a Goya más allá de lo conveniente.

FEDERICO TORRALBA

En el Museo de Zaragoza hay goyas que no son

Genoveva Crespo

PREGUNTA.—¿Cómo será la exposición que prepara para el Museo de Zaragoza?

RESPUESTA.—Pretendemos dar una visión de lo que es el arte de Goya con unas 70 obras suyas, seis de las cuales quiero confrontar con otras tantas de pintores posteriores. En gran parte, vendrán del Museo del Prado, con el que, desde que tiene delegada la negociación José Manuel Pina, ex director del Prado y miembro del Patronato y amigo, las cosas van mucho mejor. El Patronato todavía no ha autorizado los préstamos, aunque seguro que vendrán cosas importantes como «La marquesa de Santa Cruz».

P.—¿Cundirá la improvisación en los actos del 250 aniversario del nacimiento de Goya?

R.—El problema viene de atrás. El gobierno anterior no preparó nada. Sólo el Ayuntamiento tenía previsiones.

P.—Salvo la gran exposición y el congreso de expertos de 1997, el resto del programa parece estar fabricado desde el horror al vacío. ¿No hubiera sido más rentable comprar un Goya que gastar el poco dinero que hay en pequeños «efímeros actos»?

R.—No he visto aún el programa. Pero menos cosas se hicieron en el año 28. En cuanto a comprar obra, estaba previsto. Aunque, tal y como está la DGA de fondos, para comprar uno, y discreto, tendría que eliminar todas las exposiciones.

P.—¿Entonces, tras el 30 de marzo de 1997, ¿qué quedará?

R.—Se han intentado dos cosas con vocación de permanencia. Una, que las mujeres entraran en Aula Dei, negociaciones que, desgraciadamente, no han tenido éxito pese a que el Gobierno aragonés ofreció compensaciones. La otra, iluminar en condiciones las pinturas del Pilar—cúpula, coro y pechinas—. Se va a hacer.

Museo utópico

P.—¿Es partidario de crear un Museo de Goya que reúna sus obras en Aragón y que sirva de presentación de las rutas de la pintura mural?

R.—En teoría, eso está muy bien, pero es irrealizable porque un particular no presta su obra fácilmente. Ibercaja, por ejemplo, va a hacer una exposición en vez de prestar lo que tiene. En Aragón, además, hay muy poca. En el propio Prado se creían que nosotros teníamos mucho más y, ante la exposición, sólo pensaban en apoyar, hasta que fueron conscientes de la realidad.

P.—¿No sería posible traer a ese museo alguna obra del Prado, donde los cuadros de Goya se exponen por castigo?

R.—Como no cambian las le-

El catedrático emérito prepara la muestra con que Aragón celebrará el 250 aniversario del pintor

yes, no, aunque los tengan amontonados. La tendencia del Prado es recuperar la obra que tenían en depósito en otros museos y ampliar sus dependencias. Y los particulares, o quieren disfrutar sus goyas o venderlos a riquísimo precio.

Verdadero o falso

P.—Llegamos a este aniversario en medio de una inmensa polémica sobre la existencia de numerosas falsificaciones de la obra de Goya. ¿A qué obedece?

R.—Hoy en día, hay muchos medios para averiguar cómo es posible que un mismo pintor hiciera cosas espléndidas y otras muy malas. Ahí están las radiografías, análisis de lienzos, pigmentos y pinturas... Las pinturas, las hacía cada artista en su taller, por lo que hoy se distinguen el pintado dentro de lo que no. Juliet Wilson ha estudiado todo esto muy a fondo y ha seguido la revisión de los goyas y rembrants del Metropolitan de Nueva York. Allí, con una valentía inusual, han descatalogado los cuadros de Goya que se han revelado como falsos para pasar a llamarnos «estilo Goya». Cada cosa, como lo que es.

P.—En la Sala de cuadros de Goya del Museo de Zaragoza ¿cuántos pasarán el examen?

R.—La «Dama con mantilla» es un original pero con alteracio-

nes, porque lo han restaurado muchas veces. «La Glorificación de San Luis Gonzaga» es un cuadro muy hermoso que también parece indudable pero que tiene restauraciones. De los dos peores, a mi siempre me hacía acordar uno de la Virgen del Pilar, pero Juliet Wilson lo ha estudiado y ha llegado a la conclusión de que es Goya. Puse tanto mejor, lo mismo que «La muerte de San Francisco Javier».

P.—¿El Ramón de Pignatelli?

R.—Es que no tiene por qué ser un Goya. Lo dice bien claro en el escrito que hay al pie.

P.—¿Pero está en la Sala?

R.—Está porque lo han metido por una cuestión que casi es un chantage. El retrato de Pignatelli entró porque hay quien asegura que es el cuadro de verdad, pero que lo restauró y lo arregló el otro señor, Lalana, cuyo nombre consta al pie.

P.—¿Qué es eso del chantage?

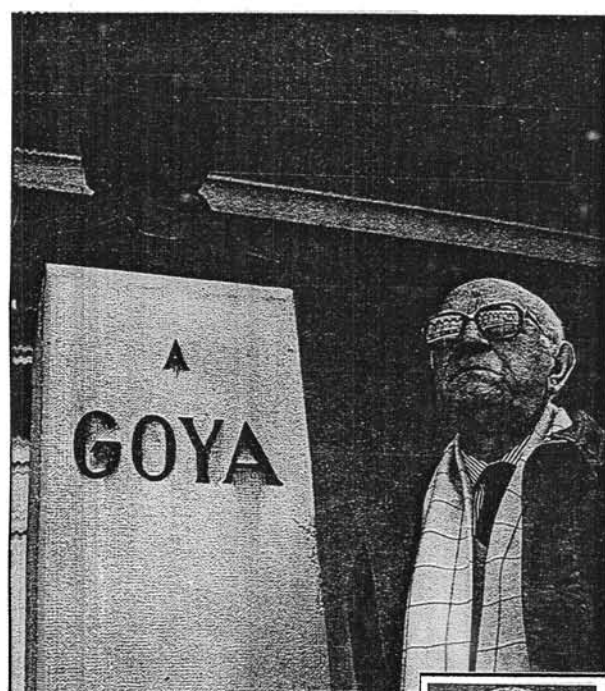
R.—Esa pintura es hermana y compañera de dos goyas maravillosos e indudables, «Fernando VI» y «Duque de San Carlos». Y si uno no va, no van los otros. Los tres son propiedad del Canal Imperial. Yo la primera vez que vi al Pignatelli en la Sala ya le dije al director del Museo que cómo era posible que estuviera allí, y me dijo a entender que era una hipótesis. Tampoco debería estar el de «San Luis Gonzaga» procedente de Jaraba, que llegó

en depósito tras el informe de otro experto en Goya y cuyo criterio también apoyan otros.

P.—Para los profanos parece increíble que con los medios científicos de hoy puedan pasar por obra de Goya lienzos de copistas o imitadores.

R.—Lo del Prado ha sido tremendo, aunque yo lo veo como una encerrona para que se equivocaran varias personas. En el Prado había gente que sabía que el cuadro era de Maella. Una de las metas del congreso del año que viene es clarificar qué es y qué no es Goya. Porque muchos cuadros que conocemos como suyos no lo son. Según sabemos por la investigación de Nueva York, muchos de los primeros goyas falsos surgieron en vida del artista. Cuando fue mayor, Goya tuvo colaboradores que pintaban al margen. Que los cuadros estén firmados o no, no es definitivo porque él firmaba poco.

P.—¿Pero también es verdad que hay expertos que ganan un



Federico Torralba cuenta con traer a Zaragoza goyas importantes

buen dinero atribuyendo obras, ¿es difícil desmentarlos?

R.—En el caso del Prado, era fácil aclarar el montaje porque estaba documentado, pero no ocurre lo mismo con cuadros desconocidos. Ahí, el perito puede acertar o equivocarse, aunque hoy se pueden aclarar cosas antes indiscutibles.

P.—Los últimos goyas comprados por el Gobierno aragonés, «Dama con mantilla» y «San Luis Gonzaga» son atribuciones, ¿hay riesgo de que no sean auténticos?

R.—Son atribuciones documentadas. Estaban catalogados como obra de Goya.

P.—Sí, pero como dice usted, ahora se cuestiona todo.

R.—Sí, se ha puesto todo en cuestión porque la conclusión de Nueva York es que los errores pueden venir de lejos. Aún así los problemas saltan más con obras que surgen de repente.

Goya íntimo

P.—Detrás del pintor genial hay una personalidad también fuera de lo común que se desvela en las cartas que le enviaba a su íntimo amigo Martín Zapater y que, al margen de los círculos de especialistas, parece que se teme descubrir.

R.—Al público le gusta la novela. Con la duquesa de Alba, Goya no tuvo ninguna relación íntima sino una amistad de gran confianza, y las majas no son su retrato, pero a la gente le encanta crear la novela. Tampoco es cierto que tuviera relaciones con Leocadia ni una hija suya. Yo creería más en su relación con Zapater. Pero, ahí, no se quiere entrar. Como si eso fuera a disminuir la figura del genio.

P.—¿Esas cartas se acaban de publicar, ¿están todas?

R.—El primero en divulgarlas fue un sobrino de Zapater que quiso echar tierra a según qué aspectos de la relación de su tío con Goya. Se sabe que hay cartas desaparecidas que aclararían cosas. Es triste que, aún hoy, no se pueda hablar de todo.



Federico Torralba

Federico Torralba Soriano nació hace 82 años en Zaragoza. Licenciado en Derecho y doctor en Letras, fue catedrático de Arte en varias universidades de Oviedo, Salamanca y Zaragoza y de la Escuela de Artes de la Plaza de los Sitios. Actualmente es catedrático emérito de Zaragoza y director de la Academia de Bellas Artes de San Luis. A lo largo de su intensa carrera profesional se ha ocupado de la Catedral Goya en las cartas que le enviaba a su íntimo amigo Martín Zapater y que, al margen de los círculos de especialistas, parece que se teme descubrir.

P.—Al público le gusta la novela. Con la duquesa de Alba, Goya no tuvo ninguna relación íntima sino una amistad de gran confianza, y las majas no son su retrato, pero a la gente le encanta crear la novela. Tampoco es cierto que tuviera relaciones con Leocadia ni una hija suya. Yo creería más en su relación con Zapater. Pero, ahí, no se quiere entrar. Como si eso fuera a disminuir la figura del genio.

P.—¿Esas cartas se acaban de publicar, ¿están todas?

R.—El primero en divulgarlas fue un sobrino de Zapater que quiso echar tierra a según qué aspectos de la relación de su tío con Goya. Se sabe que hay cartas desaparecidas que aclararían cosas. Es triste que, aún hoy, no se pueda hablar de todo.

Entre Fuendetodos y Extremo Oriente

Federico Torralba, un auténtico erudito, explica que Goya le interesó desde siempre, «aunque —dice—, al principio, mis objetivos eran más generales. Empecé con el arte egipcio, el griego y el renacimiento; después vendrían ya Goya y Extremo Oriente». De la obra y la figura del pintor de Fuendetodos destaca la fuerza y la vibración que transmite su pintura que, con cuatro trazos, da vida a un cuadro, aún a los más pequeños. Sus preferidos: «La pradera de San Isidro», «La capea» y «El infante don Luis». Entre las últimas aportaciones del profesor Torralba al conocimiento de la obra de Goya figuran sus estudios sobre Aula Dei. «En contra de la creencia general —dice—, sostengo que Aula Dei está

dividido en tres etapas, no de un sólo. Son pinturas que están bien estudiadas y sólo ahora se empieza a tomar en consideración esta versión mía. Goya las fue pintando y descubriendo con sus frecuentes visitas a su familia a Zaragoza. Y, pese a su edad, no cesa de descubrir cosas nuevas. «Ver las cartas de Goya a Martín Zapater con su grafismo original (fue el encargado de presentar la Adición en facsimil el pasado febrero) me ha permitido hacer una nueva lectura muy distinta a la que hice cuando se publicaron en letra de imprenta en el «Diplomático». Escribo cosas tan fuertes que, debido a su tremendo humor negro, no sabes si hablar en broma o en serio. Es otra pasión artística, aunque

tenemos conocida, es el arte oriental. «Me interesa —cuenta— por su afán de perfección, que no es tan frecuente en el arte occidental y que es patente ya en la artesanía. Una cajita de laca japonesa puede llevar hasta 40 capas entre pulimentos e incrustaciones. Y como no es lo mismo estudiar los objetos en las vitrinas que tenerlos en las manos, Torralba empezó a coleccionar piezas. «Las primeras cosas orientales que adquirí —explica— fue en los mismos años en que empezaba a conocer a Goya, hacia 1928, cuando se recordó el primer centenario de la muerte del pintor; fueron unos libros y un buda de porcelana. Ahora tengo cerámicas y lacas, que es lo que más me interesa».